

Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII

ANEJO 11

Ilustración y cristianismo en las obras de Bayle y Feijoo

Coords.

MARTA GARCÍA ALONSO

Universidad Nacional de Educación a Distancia

ARMANDO MENÉNDEZ VISO

Universidad de Oviedo



INSTITUTO FEIJOO DE
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII



2023

Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII

ANEJO 11

Ilustración y cristianismo en las obras de Bayle y Feijoo

Coords.

MARTA GARCÍA ALONSO

Universidad Nacional de Educación a Distancia

ARMANDO MENÉNDEZ VISO

Universidad de Oviedo



2023

Anejos de Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII

INSTITUTO FEIJOO DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

N.º 11 / Junio de 2023

Marta García Alonso y Armando Menéndez Viso (coords.), *Ilustración y cristianismo en las obras de Bayle y Feijoo*, Oviedo, IFESXVIII / Ediciones Trea (ACESXVIII, 11), 2023.

ISBN: 978-84-19823-00-7 | Depósito legal: AS 00852-2023

DOI: <https://doi.org/10.17811/acesxviii.11.2023.3-163>

Entidad coeditora: Ediciones Trea, S. L.

Entidad financiadora: Ayuntamiento de Oviedo.

Entidad colaboradora: Ediuno. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.



ediuno
Ediciones de la
Universidad de Oviedo



© De los textos, sus autores, 2023

© de esta edición: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2023

Universidad de Oviedo. Campus de Humanidades. 33011-Oviedo. Asturias, España

Teléfono: 34 985 10 46 71. Fax: 34 985 10 46 70. Correo electrónico: admifes@uniovi.es

IFESXVIII <http://www.ifesxviii.uniovi.es/>

Anejos de Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII

ISSN: 2697-0856

ACESXVIII <https://www.unioviedo.es/reunido/index.php/ACESXVIII/>

Directores

Elena de Lorenzo Álvarez (lorenzoelena@uniovi.es)

Ignacio Fernández Sarasola (sarasola@uniovi.es)

Secretaría de Redacción

Rodrigo Olay Valdés (olayrodrigo@uniovi.es)

Consejo de Redacción

Philip Deacon (University of Sheffield) / Fernando Durán López (Universidad de Cádiz) / David T. Gies (University of Virginia) / Claudia Gronemann (Universität Mannheim) / Venancio Martínez Suárez (Universidad de Oviedo) / Joaquín Ocampo Suárez-Valdés (Universidad de Oviedo) / Franco Quinziano (Università degli studi di Urbino) / Inmaculada Urzainqui Miqueleiz (Universidad de Oviedo)

Consejo Científico

Armando Alberola Romá (Universidad de Alicante) / Joaquín Álvarez Barrientos (CSIC) / Pedro Álvarez de Miranda (Universidad Autónoma de Madrid) / Francisco Carantoña Álvarez (Universidad de León) / Pablo Cervera Ferri (Universidad de Valencia) / Juan Díaz Álvarez (Universidad de Oviedo) / Françoise Etienne (Université Sorbonne Nouvelle) / Marta Frieria Álvarez (Universidad de Oviedo) / María Jesús García Garosa (Universidad de Valladolid) / Virginia Gil Amate (Universidad de Oviedo) / José Luis Gómez Urdáñez (Universidad de La Rioja) / Javier González Santos (Universidad de Oviedo) / Miguel Ángel Lama (Universidad de Extremadura) / Emilio La Parra López (Universidad de Alicante) / Elisabel Larriba (Université d'Aix-Marseille-UMR Telemme) / Enrique Llopis Agelán (Universidad Complutense de Madrid) / Hans-Joachim Lope (Philipps-Universität Marburg) / Vidal de la Madrid Álvarez (Universidad de Oviedo) / Fernando Manzano Ledesma (Universidad de Oviedo) / Emilio Martínez Mata (Universidad de Oviedo) / Gabriel Sánchez Espinosa (Queen's University Belfast) / Eduardo San José Vázquez (Universidad de Oviedo)

Índice

Marta GARCÍA ALONSO y Armando MENÉNDEZ VISO	
Presentación	5
Fernando BAHR	
Feijoo, Bayle y el caso Savonarola	9
Ana ALICIA CARMONA ALIAGA	
Pierre Bayle y la tolerancia religiosa, una política de pasiones	24
Michael HICKSON	
Pierre Bayle and the Persecutor's Mind	42
Mónica BOLUFER	
Ilustración, catolicismo y género. Feijoo en el debate historiográfico ..	59
Eva BUDDEBERG	
Was Pierre Bayle indeed a feminist, or what are the implications of Bayle's comments on abortion for feminist theory?	79
Joaquín CASTELLÁ GARCÍA	
La sombra siniestra de una piedad vana	96
Vicente ORDÓÑEZ	
Boyle y Feijoo, ¿antiescolásticos?	114
María FERNÁNDEZ ABRIL	
Conflictos y conciliaciones entre cristianismo y modernidad en el discurso de Feijoo sobre América	131
Bibliografía	148

**Conflictos y conciliaciones entre cristianismo
y modernidad en el discurso de Feijoo
sobre América**

**Conflicts and conciliations between Christianity and modernity
in Feijoo's essays about America**

MARÍA FERNÁNDEZ ABRIL

Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Universidad de Oviedo

<https://orcid.org/0000-0002-0442-4914>

RESUMEN

Cualquier acercamiento a la obra de Benito Jerónimo Feijoo ha de tener en cuenta su triple condición de monje benedictino, divulgador de la ciencia moderna en España y representante cultural del reformismo borbónico. El presente trabajo analiza cómo el Padre Maestro combinó estas tres variables en la construcción de su relato americano a propósito de la justificación de la Conquista, de la denuncia de la idolatría de las culturas indígenas, de la explicación del origen de los americanos, entre otras cuestiones científicas y antropológicas, y de la gestión religiosa de los virreinos.

PALABRAS CLAVE

Ciencia, religión, reformismo, historia, América, Feijoo.

ABSTRACT

Any approach to the work of Benito Jerónimo Feijoo must take into account his triple status as a Benedictine monk, popularizer of modern science in Spain and cultural representative of Bourbon reformism. This paper analyzes how the Father Master combined these three variables in the construction of his American essays, regarding the justification of the Conquest, the complaint of the idolatry of indigenous cultures, the explanation of the origin of the Americans, among other scientific and anthropological questions, and the religious management of the viceroynalties.

KEYWORDS

Science, religion, reformism, history, America, Feijoo, Americans.

Esta investigación se enmarca en el Programa Severo Ochoa (referencia PA-17-PB-BP16082) de Ayudas predoctorales para la investigación y la docencia del Gobierno del Principado de Asturias.

Sentimiento cristiano y espíritu científico

Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), monje benedictino, es considerado el introductor de la ciencia moderna en España. El rechazo de la filosofía escolástica a favor de la ciencia experimental ya había sido emprendido en latín por los novatores desde 1680 (Pérez Magallón, 2002), en tiempos de la crisis de la conciencia europea (Hazard, 1961), pero fue el Padre Maestro quien optó por escribir en español y quien gozó de un gran éxito editorial,¹ el gran divulgador de las máximas de la *razón* y la *experiencia*. «Ya está descubierto el rumbo por donde se debe navegar a las Indias de tan noble facultad, que es el de la observación y experiencia» (TC, VII, 14, 24),² afirma en el discurso «De lo que sobra y falta en la medicina» (TC, VII, 14), con esta preciosa metáfora en la que las Indias, por su riqueza, representan en culmen del conocimiento científico, y los barcos que permiten llegar a ellas, la metodología empírica.

Llegó a disponer de un microscopio,³ se desplazó hasta la ermita de San Luis del Monte, en Cangas del Narcea, para someter a examen personal el famoso misterio de las flores que lo enemistó con Francisco de Soto Marne y un amplio sector de la orden franciscana,⁴ acudió a fuentes bibliográficas más

¹ Desde el primer tomo del TC, publicado en 1726, hasta la sexta edición conjunta (1784-1787) constan 189 ediciones de las obras de Feijoo, con tiradas medias de 1500 ejemplares, lo que les posibilita a José Miguel Caso González y a Silverio Cerra Suárez estimar la «extraordinaria cantidad de 283.000 a 327.000 ejemplares en 60 años, lo que hace una media por año de 4.700 a 5.450 ejemplares» (1981, XXII).

² Cuando se citan discursos del *Teatro crítico* (TC) o cartas de las *Cartas eruditas* (CE), la convención es TC o CE, tomo en números romanos, discurso dentro del tomo en arábigos, sección y párrafo.

³ Por carta a su correligionario y amigo Martín Sarmiento de 21 de octubre de 1741, sabemos que le encargó a Joaquín de Velarde, natural del cercano concejo de Proaza (1704), canónigo de la catedral de Oviedo y miembro del cabildo, la adquisición de un microscopio en el viaje que realizó a París y Holanda en 1738 y que, finalmente, compró a un judío de Ámsterdam (Maximino Arias, 1977: 43 citado en Feijoo, 2014: 435, n. 4)

⁴ En la carta, publicada en 1742, «El motivo de la siguiente carta fue escribir a un caballero forastero a un amigo suyo, residente en este Principado, solicitándole a que inquiriese del autor lo que sabía y sentía en orden al fenómeno que explica en su respuesta. Esta se dirige al caballero dirigente en este país» (CE, I, 30), Feijoo había desenmascarado el prodigio por el cual, durante la festividad de San Luis, las paredes de la ermita se cubrían de pequeñas florecillas blancas. A instancias del obispo ovetense Juan Avello, examina

fiables y, a lo largo de los nueve tomos del *Teatro crítico universal* (1726-1740) y de los cinco de las *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760), dedicó cientos de páginas a diversos asuntos científico-técnicos, lo que no dejó de causarle sucesivos enfrentamientos, sobre todo con integrantes del sector médico o con los fieles del escolasticismo (Caso González y Cerra Suárez, 1981).

El rechazo de la escolástica a favor de la ciencia experimental y las controversias suscitadas entre los defensores de posturas más conservadoras y aquellos más progresistas es signo de la Ilustración a ambos lados del Atlántico. Por eso Feijoo, una de las cabezas más visibles en esta polémica, también fue impugnado en Ultramar. Conocida es la carta del cubano afincado en México Francisco Ignacio Cigala, publicada en 1760 en la Imprenta de la Bibliotheca Mexicana para defender los estudios universitarios tradicionales (Beuchot Puente, 1993: 77-82 y Ortiz, 2004: 139-156). Del mismo modo, Feijoo fue empleado como autoridad en debates científicos desarrollados en las páginas de la prensa americana, como el desarrollado en los números de 23 de junio, 22 de septiembre y 20 de octubre de 1789 en la *Gazeta de México* entre José Lebrón, Alejo Meave y Vicente Escalera sobre el procedimiento correcto para evitar que el sol quemara los cultivos.

Al mismo tiempo, el compromiso religioso del Padre Maestro es incuestionable. En las honras fúnebres que en conmemoración de Feijoo se celebraron en diciembre de 1764 en Oviedo, apenas unos dos meses después de su muerte (Hevia Ballina, 2016: 509-518), el asturiano Fr. Benito Uría, obispo de Badajoz, dice de su compañero de orden que «un año antes de morir aseguró que después de haber puesto la cogulla ni un solo momento había vivido descontento con el estado que había profesado» (1764: 19). Esta satisfacción reconocida al final de su vida se debe en gran parte a las posibilidades intelectuales que la carrera eclesiástica le ofreció desde que cursara los primeros estudios en el colegio benedictino de Ribas de Sil y renunciara a su mayorazgo para ingresar en 1690 en el monasterio de San Julián de Samos, en el que se profesa monje a cabo de dos años. Desde entonces hasta que es destinado en 1709 al colegio de San Vicente de Oviedo, pasa por diversos centros benedictinos, ya sea como pupilo o como profesor, entre los que cabe destacar la oportunidad que, como alumno aventajado, le otorgó la Congregación de Valladolid para cursar estudios de Teología

exhaustivamente este fenómeno en el largo opúsculo «Hecho y derecho en la famosa cuestión de las flores de San Luis del Monte» publicado en el tercer tomo de las CE (1745), donde concluye que dichas flores no son más que las larvas de un insecto. Soto Marne le respondió en las *Reflexiones crítico-apologéticas* (1748-1749) y Feijoo volvió al asunto en la *Justa repulsa de inicuas acusaciones* (1749), hasta que la R. O. de 1750 firmada por José de Carvajal y Lancaster por la que se prohibía impugnar al Padre Maestro impidió que el cronista mayor de la orden franciscana publicara el tercer tomo de su obra, que ya se encontraba en imprenta, lo que pudo motivar su exilio como obispo a Lima. Véase la completa anotación de las cartas citadas en (Feijoo, 2014: 433-440 y Feijoo, 2018: 427-479).

en el colegio de San Vicente de Salamanca, pues se trataba de «un centro con un sólido elenco de profesores de espíritu abierto y renovador» (Urzainqui, 2014: 19) que asumió en España los enfoques historiográficos que emergían entre sus correligionarios del monasterio de Saint-Maur, con los que mantuvieron múltiples relaciones culturales (Dubuis, 2020: 165-190).

Una vez en Oviedo, se graduó como licenciado y teólogo y desempeñó varias cátedras, incluso después de su jubilación en 1734, cuando ejerció la cátedra de Prima entre 1737-1739. Su carrera eclesiástica fue igual de prestigiosa, pues aunque renunció a importantes cargos a favor de su retiro intelectual en la Siberia del Norte,⁵ como el obispado en América que le ofrece Felipe V (Novoa, 1765: 25, 26, 49) o la abadía de San Julián de Samos o San Martín de Madrid, fue abad del colegio de San Vicente de Oviedo en varias ocasiones (Urzainqui, 2014: 17-58). Además, por su recién editada poesía (Feijoo, 2020), sabemos que cumplía activamente con las obligaciones de su orden. Concretamente, su poesía religiosa evidencia «la relevancia institucional que el Feijoo poeta adquiriría de puertas adentro en las principales celebraciones monásticas de San Pelayo y Santa María de la Vega, monasterios benitos asociados al suyo de San Vicente, en los que sus composiciones habían de leerse o cantarse en ocasiones señaladas» (Olay Valdés, 2019: 67).

Esta trayectoria académica y eclesiástica va pareja de un sentimiento religioso que varios críticos han tratado de describir. Pese a que nadie puede dudar de su catolicismo, ni de su ortodoxia religiosa, sí coinciden en su abierta actitud cristiana que, según Giovanni Stiffoni, se opone a la «extraña e inquietante mezcla de misticismo e intransigencia contrarreformista» (1985: 14) que caracterizaba el espíritu religioso español del Barroco. Además, para el dieciochista italiano, la religiosidad de Feijoo sería evangélica, en el sentido de que es sencilla, natural, primigenia, y de ahí que se mostrase totalmente contrario a las complicadas supercherías místicas y de ahí que, fuera de sus obligaciones académicas, rechazase los debates teológicos. José Antonio Pérez Rioja lo tacha, asimismo, de moralista, tanto en el plano teórico como en su modo de obrar, y subraya su eterna voluntad de «compatibilidad de la ciencia, del progreso y de la renovación de las ideas con los principios eternos de la religión, ya que no cabe suplantación de esta por la ciencia, la cual, de otra parte, conoce muy bien sus propios límites y la subordinación que, como a todo lo humano, le corresponde con respecto a lo divino» (1965: 189-190). No he encontrado mejores palabras que las de Pérez Rioja para explicar cómo Feijoo concilió la ciencia moderna con los pilares básicos del cristianismo.

⁵ Así bautizó a Asturias Jacinto Avella en su informe de 1770 (Ocampo Suárez-Valdés, 1990: 263, citado en Urzainqui, 2014: 20).

Una tercera variable: compromiso reformador

No obstante, en la ecuación feijoniana que aúna ciencia y religión, debemos tener en cuenta una tercera variable, que es el papel de Feijoo como máximo representante cultural del reformismo borbónico, defendido por Stiffoni (1985: 5-148; 1985b: 9-77) y Antonio Mestre (1989: 295-312), cuya tesis se ha visto enriquecida y matizada por los trabajos de José Luis Gómez Urdáñez (2016, 151-182), Pedro Álvarez de Miranda (2016: 331-350) e Urzainqui (2020: 161-187). Las dedicatorias de los tomos tercero (1750), cuarto (1753) y quinto (1760) de las CE a Fernando VI, Bárbara de Braganza y Carlos III, y la R. O. de 1750 firmada por José de Carvajal y Lancaster por la que se prohibía toda impugnación a Feijoo y que cerró la polémica con Soto y Marne, a la que ya he aludido, serían pruebas de su protección en las altas esferas, de la que aún resta por saber.

Para la cuestión americana, Stiffoni (1983: 89-108) también defiende que el relato feijoniano sobre América construido a lo largo de los discursos «Españoles americanos» (TC, IV, 6), «Reflexiones sobre la historia» (TC, IV, 8), «Fábula de las Batuecas y países extraordinarios» (TC, IV, 10), y las dos «Glorias de España» (13 y 14) del tomo cuarto del TC (1730) funcionó como el oficial de la monarquía. Stiffoni se ampara en la dedicatoria al infante Carlos del tomo IV, destinado a desagraviar al futuro rey y a la nación española por la desafortunada inclusión al final de «Mapa intelectual y cotejo de naciones» (TC, II, 16) de la tabla comparadora de genios nacionales del padre Johann Zahn. Eduardo San José Vázquez concluyó lo mismo a partir del estudio de las fuentes americanistas empleadas por Feijoo y del nombramiento, en ese mismo año de 1750, de Martín Sarmiento como Cronista Mayor de Indias (2017: 929-942).

La imbricación del relato americano de Feijoo en el mencionado entramado cultural y político; así como el vacío historiográfico oficial que sobre América existe desde los tiempos de Antonio de Solís (1610-1686) hasta la *Historia del Nuevo Mundo* (1793) de Juan Bautista Muñoz y la perpetua necesidad de una justificación de la actuación española en las tierras descubiertas me han llevado a defender que todo el discurso feijoniano sobre América hace las veces del discurso de la monarquía sobre el Nuevo Continente (Fernández Abril, 2020: 189-200).

Esta suplencia se prolonga póstumamente con el proyecto de las ediciones conjuntas impulsado por Pedro Rodríguez de Campomanes en 1765, 1769-1770 y 1773-1777, quien controlaba los cauces culturales reformistas —era fiscal del Consejo de Castilla, director de la Real Compañía de Impresiones y Libreros, y presidente de la RAH (1764-1792; 1798-1801), institución que ocupó el cargo de cronista mayor de Indias desde la renuncia de Martín Sarmiento en 1755— y quien, como observó Inmaculada Urzainqui, al publicar la *opera omnia* de Fei-

joo mostró «un gesto de compromiso con sus propias convicciones ilustradas, un medio eficaz de ganar adeptos para su causa presentando el ejemplo de quien mejor la había encarnado» (Urzainqui, 2002b).

Además, durante todo el siglo, la monarquía española se caracterizó por su reformismo, por su actitud aperturista a la renovación científica, sin dejar de ser sobre todo católica. Por eso, Feijoo, reformista, férreo defensor del empirismo, y monje benedictino encarnó idóneamente los valores ilustrados de la dinastía borbónica, que, con cautela, es decir, sin atentar contra los pilares de la religión y sin cuestionar de ningún modo —ni religiosamente— su soberanía, debía dar paso a posturas ilustradas. Casos como el del Padre Maestro han sustentado la discutida tesis de la Ilustración católica, sobre la que recomiendo leer el trabajo de Mónica Bolufer en estos anejos.

El relato americano de Feijoo

Todo el relato americano de Feijoo, dibujado desde el primer discurso del primer tomo del TC —«[...] Al polo de la revelación solo se mira derechamente en dos partes pequeñas: una de la Europa, otra de la América» afirma en «Voz del pueblo» (TC, I, 1, § II, 5) para reiterar que la única religión verdadera es la católica— hasta la última de las cartas de las CE —«Satisface el autor a una supuesta equivocación sobre los sacrificios que hacían a los vasallos de los incas del Perú, ofreciendo al Sol víctimas humanas» (V, 30)—, que versa íntegramente sobre un tema amerindio y que no fue publicada en la edición príncipe de 1760, sino incluida por Campomanes en la primera de las ediciones conjuntas, y que también está presente en su poesía, en su epistolario privado y en su literatura polémica, es, en última instancia, una justificación de la Conquista que bebe tanto del argumentario clásico como de razones ilustradas. En líneas generales, se puede resumir del siguiente modo: el mayor logro de la nación española ha sido el Descubrimiento y Conquista del Nuevo Mundo, por haber contribuido a la propagación de la fe católica, por haber sido forjadora de héroes para España, y porque, pese a toda la sangre derramada, ha posibilitado la prosperidad de la sociedad católica virreinal y borbónica contemporánea (Calvo, 1965: 289-290) y el desarrollo científico-técnico.

En consonancia con el enunciado anterior, dicho relato americano se puede clasificar en cuatro grandes bloques —el Descubrimiento y la Conquista de América, la América precolombina, el orden virreinal y la naturaleza del Nuevo Mundo— en los que los factores de modernidad y religión van entretejiendo diversas explicaciones. A continuación, procedo a analizar cómo Feijoo combinó su cosmovisión cristiana con los nuevos preceptos de la ciencia moderna, de

la renovación historiográfica y con actitudes ilustradas en la construcción de algunos de los aspectos de su discurso sobre América —su relato del Descubrimiento y de la Conquista de América, su denuncia de la idolatría indígena, su explicación del origen de los americanos y de la diferencia anatómica entre las razas, sus consejos sobre la gestión religiosa de los virreinos y algunas de sus reflexiones científicas— para comprobar cómo de armónicas son las conciliaciones feijonianas entre cristianismo y modernidad, cómo se solucionan los conflictos entre ellos, y qué facetas de la religión y qué lados de la modernidad operan en la construcción de cada subtema de su discurso americano.

El Descubrimiento: dimensión providencialista y conocimiento científico-náutico

Una de las justificaciones clásicas del Descubrimiento fue la dimensión providencialista de la empresa colombina. Ya en su relación del cuarto viaje (1502-1504), y ante la inminente caída en desgracia ante los Reyes Católicos, Cristóbal Colón se presenta como el elegido de una encomienda divina, por la que él y, por extensión, la Corona de Castilla, habrían sido los escogidos por Dios para llevar su palabra a los infieles de las tierras descubiertas: «Una voz muy piadosa oí diciendo: “Desde que naciste, siempre él tuvo de ti muy grande cargo [...]. Las Indias, que son parte del mundo tan ricas, te las dio por tuyas [...]. De los atamientos de la mar Océana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves...”» (Colón, 1982). Feijoo solamente hace referencia a esta dimensión providencialista a propósito de los Reyes Católicos y Carlos V en sus «Glorias de España» (TC, 4, 13): «Este beneficio grande del mundo, que empezó felizmente en tiempo de los Reyes Católicos, se continuó después inmensamente en el de su sucesor el emperador Carlos V, en que nos ocurre celebrar una admirable disposición de la Divina Providencia, enlazada con una insigne gloria de España» (TC, IV, 13, § XXIV, 88). Como es lógico, un discurso destinado a otorgar continuidad histórica a la dinastía borbónica tiene que sustentar la justificación de la actuación española en América, tanto pasada como presente, en el indiscutible cometido que Dios depositó en la monarquía española para llevar su palabra a América.

Sin embargo, la caracterización que el benedictino hace de Cristóbal Colón es la de un explorador ilustrado. Por eso, no importa la veracidad o falsedad de la hipótesis del piloto desconocido que en su lecho de muerte le habría revelado el secreto del Nuevo Continente a Colón, porque lo verdaderamente relevante fue la valentía de atreverse a cruzar el Atlántico y el amplio conocimiento científico-náutico del genovés: «pues aunque se fundase en noticias antecedentes,

siempre pedía aquella empresa un corazón supremamente intrépido, y una inteligencia superior de la náutica» (TC, IV, 10, § XXXIX, 84). En el retrato de Colón inserto en sus «Reflexiones sobre la historia» (TC, IV, 10) no menciona a Dios por ningún lado. En su concepción del Descubrimiento priman, por lo tanto, causas ilustradas, como son la personalidad y la destreza náutica de Colón, siempre apoyadas por la magnanimidad de Isabel la Católica, reina a quien se le debe «el descubrimiento del Nuevo Mundo (TC, I, 16, § VI, 36), que fue el suceso más glorioso de España en muchos siglos», sobre cualquier designio divino.

Lo que queda claro es que la favorable opinión que Feijoo mantiene del Descubrimiento y la Conquista responde a motivos religiosos, pues en tiempo de disgregación cristiana en Europa, los españoles perpetuaron la verdadera fe, el catolicismo, en Europa. Por eso, no duda en afirmar que «El mayor honor que de tantas conquistas recibió el reinado de don Fernando y doña Isabel no consistió en lo que estas engrandecieron el estado, sino en lo que sirvieron a la propagación de la fe. Cuanto camino abría el acero español por las vastas provincias de la América, otro tanto terreno desmontaba para que se derramase y fructificase en él la evangélica semilla» (TC, IV, 13, § XXIV, 88), al mismo tiempo que la Reforma disgregaba religiosamente a Europa.

La idolatría como justificación de la Conquista, pero también como argumento científico

Más allá de la narración épica de la toma de México-Tenochtitlan por Hernán Cortés y de la derrota de Moctezuma en «Glorias de España» (TC, IV, 13, § XXIII, 85-87), la imagen que Feijoo mantiene del indio es deudora del enfrentamiento entre Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas en los Debates de Valladolid desarrollados en 1550-1551 (Álvarez Cienfuegos, 2001), del mismo modo que toda la literatura americanista que protagonizó la Disputa del Nuevo Mundo (Gerbi, 1982; y Hanke, 1988). En lo relativo a las religiones precolombinas, Feijoo se inclina del lado del primero, quien recurrió a la idolatría de los indios como principal argumento para justificar la Conquista. A lo largo de su obra, el benedictino ridiculiza y condena con fervor los crímenes cometidos por los indígenas en ofrenda de sus dioses, que para él no son otra cosa que demonios.

Ya en «Voz del pueblo» (TC, I, 1) se burla del «disparate histórico» de que «en el Cabo de Honduras adoraban los indios a un esclavo» (TC, I, 1 § VI, 20), a quien el aura divina no le duraba más de un año, tiempo tras el cual era sacrificado. No obstante, donde más repara en esta cuestión en la carta «Cómo trata

el demonio a los suyos» (CE, III, 17, 24-30), que parece que tuvo un destinatario real,⁶ y que está dedicada a demostrar que el diablo solo recompensa a sus fieles con sufrimiento. En ella narra horrorizado cómo los incas sacrificaban a niños y doncellas vírgenes en ceremonias de coronación o en ofrendas para obtener la victoria en una batalla o para garantizar la salud de su soberano (CE, III, 17, 24 y 25); también relata los sacrificios de prisioneros de guerra de varios pueblos de Centroamérica para saciar el hambre de sus divinidades (CE, III, 17, 26 y 27); y, fuera del terreno ceremonial, el benedictino denuncia el salvajismo de ciertos hábitos de iroqueses, que torturaban a sus prisioneros de varias maneras y llegaban, incluso, a comerlos vivos; caberres, que ataban una cinta a las piernas de las niñas para aumentar sus gemelos; bocones y achaguas, que rasgan la cara para crear cicatrices decorativas, entre otras espantosas costumbres que no pueden sino provenir de fuerzas demoníacas (CE, III, 17, 28 y 29) y que muchas veces responden a opciones estéticas. Ya en «Las modas» se había mostrado atónito con que «los de Brasil machacan la punta de la nariz de los infantes» o que «los de Mississipi componen a los niños la cabeza en punta» (TC, II, 6, 21 {a 2}). Por otro lado, es su ética cristiana la que habla cuando, aterrado, comparte lo que le refirió su colega residente en Oviedo fray Gabriel de Tineo, que había sido superior de provincias franciscanas en América: que algunas tribus desatienden a los enfermos y ancianos y los dejan morir sin atenciones ni cuidados (CE, III, 17, 28 y 2), si bien también viene referida en el decimoquinto capítulo del *Orinoco ilustrado* (1745) —«Cuán ingratamente descuidan de sus enfermos, cuán neciamente se curan, y cuan pacíficamente mueren aquellos indios»— de José Gumilla.

Por otro lado, el tono de «Cómo trata el demonio a los suyos» (CE, III, 17, 24-30) se asemeja al del sermón, ya que hiperboliza las crueldades llevadas a cabo por los amerindios para crear un horror en el lector que le lleve a creer que la civilización evangelizadora realizada por los españoles a los pueblos nativos los salvó de cometer atrocidades demoníacas. No obstante, este tono acusatorio desaparece en «Satisface el autor a una supuesta equivocación sobre los sacrificios que hacían los vasallos de los incas del Perú, ofreciendo al Sol víctimas humanas» (CE, V, 30), que responde a una misiva en la que un corresponsal, cuya identidad desconocemos, le objetaba al benedictino la atribución de sacrificios humanos a los incas que había hecho en «Cómo trata el demonio a los suyos» (CE, III, 17, 24-30), cuando, según el Inca Garcilaso, los peruanos solo ofrecían plantas y animales.⁷ La contestación de Feijoo es un ejercicio de

⁶ Desconocemos la identidad del destinatario, pero se trata del mismo que recibió «Contra la pretendida multitud de hechiceros» (CE, III, 15).

⁷ La carta no cita específicamente qué obra del Inca Garcilaso de la Vega consultó el corresponsal de Feijoo, pero seguramente se trate de la naturaleza I del libro II —«Las cosas que sacrificaban al sol»—, de los *Comentarios reales de los Incas* (1609).

exégesis amparado en los capítulos 19 y 20 de la *Historia natural y moral de las indias* (1589) de José de Acosta, fuente también de «Cómo trata el demonio a los suyos» (CE, III, 17, 26), y en el quinto capítulo de la quinta de las *Décadas* (1615) de Antonio de Herrera y Tordesillas, realizado por alguien bien versado en artimañas de retórica escolástica. Además, esta suave discusión es ejemplo del clásico debate entre intelectos americanos frente a españoles, y entre testigos de vista frente a historiadores peninsulares. En este caso concreto, frente a la experiencia americana del anónimo corresponsal, se impone la autoridad de la historiografía peninsular.

De igual modo, cualquier atisbo de moral cristiana desaparece cuando Feijoo se vale de los sacrificios incaicos como ejemplos en sus razonamientos científicos. La anécdota de un hombre que continuó vivo una vez que los indios le hubieron arrancado el corazón en un ritual le sirve para decantarse por el cerebro en «la vieja polémica sobre la preferencia entre el corazón y la cabeza, como residencia del principio vital» (Otero Pedrayo, 335) tratada en la «Respuesta a la consulta sobre el infante monstruoso de dos cabezas, dos cuellos, cuatro manos, cuya división por cada lado empezaba desde el codo, representando en todo el resto exterior no más que los miembros correspondientes a un individuo solo, que salió a luz en Medina-Sidonia el día 29 de febrero del año 1736. Y por considerarse arriesgado el parto, luego que sacó un pie fuera del claustro materno, sin esperar más, se le administró el Bautismo en aquel miembro» (CE, I, 6); al igual que la antropofagia cometida por algunas tribus amerindias, cuyos integrantes no son más robustos que los europeos, le sirve para desmentir que la carne tenga un mayor aporte nutritivo que otros alimentos en «La cuaresma salutífera» (TC, VII, 9).

Por otro lado, en cuanto a los desmanes de la Conquista, Feijoo también se posiciona a favor de Bartolomé de las Casas. Cabe recordar que, en las secciones finales de «Fábula de las Batuecas y países extraordinarios» (TC, IV, 6, 10, § XII-XVII, 38-49) incluye la que «quizás la página más violenta que ha escrito sobre la conquista americana» (Calvo, 1965: 269), fundamentada en las pérdidas humanas, tanto de españoles como de indios, y en las pérdidas materiales. Esta crítica, en la que cita a Las Casas y que repetirá en «Sobre el arte nuevo del beneficio de la plata» (CE, II, 19), en la que reseña el *Arte nuevo del beneficio de la plata* (1738) de Felipe de la Torre Barrio y Lima, es fruto de su ética cristiana que no puede dejar de condenar la sangre derramada a causa de uno de los siete pecados capitales: la avaricia o la sed por el oro. La armonía entre estas opiniones que pueden resultar dispares es la que ha llevado a la crítica a considerar que la opinión feijoniana de la Conquista mantiene cierta ecuanimidad (Calvo, 1965: 281-282; Filgueira Valverde, 1971; Tudisco, 1964: 283).

Sobre el origen de los americanos y el color de su piel

La «Solución del gran problema histórico sobre la población de América y revoluciones del orbe terráqueo» (TC, V, 15) es el discurso en el que más claramente se observa el equilibrio entre religión, ciencia y monarquía. Cómo habían llegado los primeros habitantes al Nuevo Continente fue uno de los interrogantes que más preocupó a Europa desde el mismo Descubrimiento porque, como observa Agustín Coletes Blanco, «quedaba también descubierta la contradicción interna de una Iglesia Romana, que durante siglos se había presentado como católica y universal» (1981: 240), de la misma manera que el proyecto imperial de España en América se sustentó en la condición humana, y por tanto de hijos de Dios, de los americanos.

La propuesta feijoniana se ampara en el *Origen de los indios del Nuevo Mundo* de fray Gregorio García (1607), que se había reimpresso en Madrid en 1729 (Martínez Terán, 2008: 121-142) y se estructura en dos mitades. En la primera desestima las explicaciones judaizantes y contrarias a los dogmas de la Iglesia defendidas en 1655 por el preadamismo del calvinista Isaac de la Peyrère, ya que sugerir que Adán y Eva no son los únicos padres de la especie humana o que el diluvio no fue universal es pura herejía. Para Feijoo, la literalidad de las Sagradas Escrituras es incuestionable y también la supremacía del pueblo católico sobre el hebreo. Sin embargo, como es habitual en Feijoo, el conocimiento científico prevalece por encima de cualquier prejuicio religioso, por lo que no duda en recurrir a la *Rélation du Groenland* (1647) de La Peyrère para buscar información sobre el pez narval en su disertación sobre la inexistencia del unicornio (TC, II, 22, {(a), 2}). También refuta la propuesta que tiene que ver con la Atlántida a partir de las inverosimilitudes presentes en el *Timeo* y en el *Critias* de Platón, pues ni la Atlántida puede ser América, ni los americanos descendientes de los atlantes, ni tampoco habrían llegado al Nuevo Continente a través ella; así como aquellas explicaciones que recurren a ángeles u otros elementos mágicos del imaginario cristiano, que le resultan forzadas y disparatadas.

En la segunda mitad esboza una teoría geotérmica de la Tierra, por la cual los movimientos tectónicos habrían alterado la disposición de los continentes y, en un momento, habría existido un paso terrestre entre Asia y América que hoy desconocemos. Al final, la explicación es puramente científica y sorprende por su vigencia actual. No obstante, ya había sido anticipada por su colaborador Martín Sarmiento en la *Demonstración crítico-apologética* (1732), dentro de la larga sección «Americanos» de «Mapa intelectual y cotejo de naciones».

Estructura similar presenta el discurso «Color etiópico» (TC, VII, 5), en el que las implicaciones religiosas de las diferencias raciales le llevan a des-

estimar peregrinas teorías sobre el linaje hebreo, por el que los americanos descenderían del condenado Lamech, de la familia de Caín, como había leído en las *Mémoires de Trévoux* (1733, art. 88) y por el que, por tanto, la marca de color vendría asociada al castigo y al pecado. También combate el disparate de la hipótesis del poder de la imaginación materna, que en el momento de la concepción habría vislumbrado un objeto negro.

Finalmente, su solución es científica, ya que se sustenta en el influjo del clima, entendido como «el aire, la tierra, los frutos, las aguas, los vientos, los minerales, el frío, el calor, la humedad, la sequedad, y otras cualidades: la elevación, o depresión de la tierra, la postura del Sol respecto de ella» (TC, VII, 3, § 10-39) y de los demás objetos celestes, lo que determina una composición genética que se diluye en las generaciones debido a todos los movimientos migratorios.

La gestión religiosa de los virreinos

La dimensión religiosa de los pasajes feijonianos dedicados al orden virreinal pasa a ser práctica, pues en ellos introduce consejos que, amparados en el ilustrado principio de la utilidad, garanticen una mejor gestión de los territorios ultramarinos. De esta manera, en «Paradojas políticas y morales» (TC, IV, 1), la segunda paradoja trata de evidenciar que los días festivos, pese a estar fijados por el calendario católico, resultan perjudiciales para la religión porque, por un lado, el tiempo de ocio es más propicio al pecado y porque, por otro, perjudica a los feligreses, que mal pueden sobrevivir sin las ganancias de un día de trabajo. Para apoyar su argumentación, proporciona una serie de ejemplos de papas que disminuyeron los días festivos en favor de sus súbditos, como Paulo III en las provincias americanas. A partir de este discurso, el papa Benedicto XIV, que ya había apelado a Feijoo en lo tocante a la música de los templos (San José Vázquez, 2018: 9-31), emprendió la reforma del calendario de festividades (Campomanes, 1765: XXI).

Por otro lado, previene a los misioneros y condena la herejía cristiana en Indias. En «Defensivo de la fe preparado para los españoles viajantes o residentes en países extraños» (CE, V, 3, § IV. 26-27), la colonia calvinista Francia Antártica en la Isla de Villegagnon, Brasil, le sirve para señalar el caos idiosincrático de las sectas en oposición a la estabilidad de la Iglesia Católica.

Uno de los rasgos de la religiosidad ilustrada fue la impugnación de los falsos milagros. En «Regla matemática de la de humana» (TC, V, 1, §. XIV, 37) desmiente uno que, si bien localizado en Oviedo, está asociado con la inmigración asturiana a Indias. Una mujer empobrecida y sin noticias de su marido,

que había emigrado a algún punto de América, se acoge a san Antonio de Padua en el convento de san Francisco de Oviedo, en cuya imagen aparece una carta del emigrado junto con cien pesos. Este milagro, que al menos fue impreso en Sevilla y en Barcelona, corrió como la espuma, hasta el punto de que un magistrado de Strasburgo escribió a la ciudad de Oviedo para solicitar auténticos testimonios del suceso (Delpy, 1936)

Mientras tanto, la reseña del *Arte nuevo del beneficio de la plata* (1738) de Torre Barrio y Lima promueve el desarrollo científico-técnico. No obstante, no es tanto una apología desinteresada en pro de la ciencia, sino una divulgación de los beneficios económicos reportados a la nación por el intelecto técnico de los compatriotas ultramarinos (Lope, 2017: 77-89).

La Naturaleza del Nuevo Mundo: algún apunte religioso-científico

Como he ido anticipando, el factor religioso desaparece por completo cuando Feijoo indaga en cuestiones puramente científicas, como son las relativas a la naturaleza del Nuevo Mundo. Así, por ejemplo, de las plantas medicinales descubiertas, defiende, sin ningún pudor religioso, las propiedades de la quina, que es la que más confianza le merece y a la que alude en numerosas ocasiones, el palo santo y la zarzaparrilla para la curación de la sífilis. Además, las menciones al mal francés incluso contribuyen a un retrato positivo de los nativos americanos, ya que «Sobre la ciencia médica de los chinos» (CE, V, 11, 15) es un alegato a favor de la sabiduría médica de pueblos orientales y americanos, intuitiva y experimental, sobre el aparato teórico hipocrático de Occidente: «¿Qué filosofía tenían los americanos, por la cual pudiesen inferir que la quina era tan saludable contra las fiebres intermitentes [...]? Lo propio de la ipecacuana contra la disentería; de la zarzaparrilla y palo santo contra el mal venéreo» (CE, V, 11, 15). Y, si en «Observaciones comunes» discute la convicción de que los remedios para las dolencias se encuentran en el mismo sitio de las que son endémicas, con el ejemplo de la zarzaparrilla —«La zarzaparrilla es planta del Perú, y los que sientan que el mal venéreo es propio de la América y de que ella vino a Europa, no dicen que la trajeron los españoles del Perú, sino de México» (TC, V, 5, § X, 37 {a 16})—, años más tarde, en «Paradojas médicas», acudirá al testimonio del médico romano Matteo Pallilio para trasladar el foco de esta enfermedad pecaminosa de la América española a Francia, principal consumidor de quina (TC, VIII, 10, 205).

Aparte de las plantas medicinales, Feijoo también reparó en productos de consumo descubiertos en las Indias, como el chocolate, cuya consumición se popularizó en el Setecientos (Pérez Samper, 2017; 811-824). La carta «De algunas providencias económicas en orden a tabaco y chocolate» (CE, V, 27), que

pudo haber sido dirigida a su principal proveedor de tabaco Mateo Blanco (Urzainqui, 2014: 69), y en la que comparte sus propios experimentos para negar que, como el vino, el tabaco y el chocolate mejoren con el tiempo, evidencia las dispensas que el Padre Maestro recibió de su recta orden para gozar de estos dos inocentes placeres terrenales.

En lo referente a la fauna del Nuevo Continente, Feijoo bien diserta sobre la existencia de criaturas extraordinarias americanas, como la púrpura («Hallazgo de especies perdidas», TC, VI, 4, § III, 6, 8, 10) o el águila bicéfala («Consecario del discurso antecedente, sobre la creación de nuevas especies», TC, VI, 5, § II), bien emplea ejemplos de la historia natural de América en sus argumentaciones científicas. Por constituir uno de los debates bio-filosóficos del momento, el del alma animal, merece la pena mencionar que el árbol sensitivo o púdico de la América Central y la papaya —ejemplos tomados de Robert Doyle— y la langosta de Brasil —de las *Mémoires de Trévoux* (1701:171)— le sirven para defender la capacidad de sentir de los animales o plantas (Rodríguez Pardo, 2008) en «Racionalidad de los brutos» (TC, III, 9, §. I, 8 {(a)})

La teoría geotérmica de la Tierra expuesta en la segunda parte de la «Solución del gran problema histórico de la población de América» (TC, V, 15) ya demostró el interés del benedictino por la geología. Por eso, no es de extrañar que, a partir del terremoto que asoló Lisboa en 1755, respondiera a una serie de consultas que reunió en el *Nuevo sistema sobre la causa física de los terremotos* (1756) y que, a partir de la primera edición conjunta, integraron el tomo V de las CE. Para el Padre Maestro estos desastres naturales no son consecuencia de una furia divina, sino que la existencia de volcanes en aquellas zonas donde los temblores de tierra son frecuentes, como la América meridional, le lleva a proponer como causa de los mismos el derrumbamiento de galerías subterráneas y la inflamación de gases u otros elementos (CE, V, 27, 4).

Por último, y en relación con el clima, las bajas temperaturas que La Condamine constató en las cumbres de los Andes en su *Relación de un viaje abreviado hecho por América* le sirven para demostrar que el Sol y la Luna, como Dios, son causas equívocas en «Satisfácese a una objeción contra una aserción incluida en el discurso pasado: con cuya ocasión se discurre sobre el influjo de los astros» (CE, V, I, § II, 20). Esta carta, uno de los pocos ejemplos en los que Feijoo diserta sobre cuestiones de metafísica y teología natural y emplea términos escolásticos —*unívoco, equívoco, particular, general*— es una respuesta a una objeción que había recibido de otro Padre Maestro a la afirmación de que la esencia divina está presente en todas las perfecciones del mundo, y que está en el discurso «El todo y la nada. Esto es el criador y la criatura, Dios y el hombre. Discurso consiguiente a una parte de la materia del pasado en el cual, representando al hombre su pequeñez, se procura abatir su vanidad» (CE, V, d. 2).

Conclusiones

Al comienzo de «Color etiópico» (TC, VII, § I, 1-3), Feijoo, consciente de las derivaciones religiosas que podía suscitar el tema de las diferencias anatómicas raciales, deja clara la demarcación entre ciencia y religión: «Son claros los términos con que dividen sus jurisdicciones la filosofía y la fe. Tiene aquella por objeto las cosas naturales, esta las sobrenaturales; dos clases tan diversas, tan separadas, que ni el entendimiento puede confundirlas» (TC, VII, § I, 2). Además, los territorios que abarca la filosofía son amplios, para que la reflexión y la experiencia se desarrollen con la libertad de la que precisa el progreso científico-técnico. Y, sin embargo, advierte que los dominios gobernados por la ciencia, pese a extensos, no son infinitos, pues «hay errores filosóficos incompatibles con los dogmas revelados» que pueden causar mucho daño, no solo a la cosmogonía católica, sino también a los valores éticos y morales que rigen la sociedad y a la potestad política de la nación que en ella se fundamenta.

En lo referente al tema americano en Benito Jerónimo Feijoo, dividido en cuatro grandes temas —el Descubrimiento y la Conquista de América, la América precolombina, el orden virreinal y la naturaleza del Nuevo Mundo—, hemos podido comprobar que el terreno en el que la fe deja absoluta libertad a la especulación científica es precisamente este último, el que atañe a cuestiones referentes a los aspectos naturales del continente. No hay decoro religioso que impida defender la quina como remedio para la sífilis, ni voto benedictino que evite disfrutar del chocolate para potenciar sus posibilidades gastronómicas; tampoco existe el castigo divino en los terremotos, sino un comportamiento geotérmico del planeta. Por otro lado, ejemplos tomados de la naturaleza americana son empleados en argumentaciones situadas en esas zonas limítrofes entre ciencia y religión, como la cuestión del alma animal, o en las pocas discusiones escolásticas que figuran dentro del TC y las CE, como la condición general y equívoca de Dios.

En cuanto a los virreinos, incuestionablemente católicos, la religión pasa de ser vivencia espiritual para convertirse en gestión de la sociedad con el fin de garantizar la felicidad pública: reducir los días festivos, desacreditar los falsos milagros relacionados con Indias o prevenir a los misioneros de las sectas formadas en islas espiritualmente vírgenes. La religión es, por tanto, una vía de conducción a una sociedad moderna e ilustrada. Asimismo, la gestión evangélica lleva consigo los impulsos del desarrollo científico-técnico, como el refinamiento de los procedimientos de explotación minera insertos en el *Arte nuevo del beneficio de la plata* (1738), para garantizar el éxito de la sociedad virreinal que es en sí misma una justificación de la Conquista.

Donde el Padre Maestro, al igual que todos los intelectuales que abordaron el tema, debe pronunciarse con más tacto es en el origen del hombre ameri-

cano y en las particularidades raciales, ya que las soluciones no pueden atentar contra dos de los dogmas de las Sagradas Escrituras, como son el Diluvio Universal y la condición de Adán y Eva como padres únicos de la especie humana. Paradójicamente, las propuestas que desestima por atentar contra estos dogmas se mueven dentro del terreno de la religión, como el preadamismo de La Peyrère, la propuesta del origen hebreo, o los ángeles transportadores de vida. La hipótesis feijoniana en ambos casos, puramente científica, demuestra que el empirismo moderno puede ser la solución idónea en debates con complicadas implicaciones teológicas y políticas.

Por último, la explicación clásica del Descubrimiento es providencialista y la justificación de la Conquista responde a motivos religiosos, como es la idolatría bárbara y demoníaca de los pueblos precolombinos que ya había sido acentuada. Y, sin embargo, de la empresa del Descubrimiento valora rasgos ilustrados, como el conocimiento náutico de Colón; del mismo modo que, con cierto cinismo, se vale de las atrocidades cometidas por las culturas precolombinas en sus razonamientos científicos. Por otro lado, e independientemente de su buen concepto del Descubrimiento y la Conquista de América, su ética cristiana le lleva a denunciar las atrocidades cometidas por los españoles despertadas por la avaricia de riquezas.

En conclusión, si exceptuamos el absoluto respeto por los dogmas eternos del Evangelio —Noé y Adán y Eva—, que se colocan en una esfera superior, en el relato americano de Feijoo tiende a prevalecer la modernidad sobre la religión. La moral católica no tiene lugar en la experimentación científica, se dan soluciones científicas a problemas cristianos y de la óptima gestión religiosa se derivarán reformas que garantizarán el resplandor de las luces en las sociedades virreinales. La prosperidad de los virreinos es, a su vez, una justificación ilustrada de la Conquista. En este último terreno, es donde la religión adquiere un cariz más marcadamente político, pues a pesar del ilustrado retrato de Colón, la jurisprudencia española en Indias se había sustentado, ante el resto de las naciones europeas, en razones providencialistas y evangelizadoras.